

y mi indiscreción no sean causa de una desgracia.

— ¿De una desgracia? A ver, explíquese usted, hija mía, porque no comprendo...

— Es muy sencillo. Ese tesoro de la Misericordia amasado con sangre y lágrimas atrae las lágrimas y la sangre. He cometido una falta sencillamente imperdonable. El secreto del tesoro, que otros han sabido guardar más de un siglo, yo lo he divulgado menos de veinticuatro horas después de estar en posesión del mismo... En fin, ya no tiene remedio la cosa. Si ha de haber una víctima, que sea yo, es todo cuanto deseo.

— Pero, hija mía, — gritó alarmada la vizcondesa; — observe usted que nos tiene con el alma en un hilo; ¿dónde ve usted ese peligro de que nos habla?

— Aquí, señora; — replicó Amy señalando con el dedo al papel del tabique, como á dos metros de altura del suelo.

Todos la miraron sin comprenderla, esperando de ella una explicación á sus enigmáticas palabras. Sólo la impresionable Yvona temblaba teniendo miedo de comprender lo que aun no comprendían los demás.

— El secreto del tesoro ha salido de este gabinete, — continuó la joven con voz sorda. — Nos han oído, nos han espiado; la prueba está aquí, en este agujero, acabado de hacer con una barrena.

Y al decir esto señalaba con el índice el mismo punto del tabique.

— ¡Pues, señor, tiene gracia! — dijo de pronto una voz, al oír la cual se volvieron todas las cabezas. Era la del camarero que acababa de entrar con la cuenta sin que nadie se fijara en él.

— ¿Y qué es lo que tiene gracia, *bull-head*?

— Que todo el mundo anda esta noche mirando por los tabiques. Los que estaban en el gabinete de al lado les han espiado á ustedes mientras que otra persona á su vez los espiaba á ellos.

— ¿De veras?

— Como lo oye el señor. Y cuenta que la personita de color de canela que atisbaba á los dos individuos y que salió antes que ellos para esperarles fuera sin duda, me parece que no ha de tener muy buenas pulgas.

V

DOS AGUJEROS DE BARRENA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Quando después de separarse de sus dos compañeros frente al café americano uno de los tres embozados que vimos salir del baile de la Opera tomó por la calle de Luis el Grande, no pudo fijarse, como es natural, en la mujer que se escondía tras el kiosko de periódicos y mostraba su puño en actitud amenazadora; y aunque se hubiese fijado en ella no habría hecho el menor caso porque ciertas licencias le están permitidas tácitamente á todo aquel que se disfraza. Además, el hombre se hallaba por otras razones hondamente preocupado, hasta el punto de que mientras iba andando pensaba en voz alta, sin curarse de si algún pasante podía ó no escuchar lo que decía. Y lo que decía era esto:

— Todas las perlas pescadas durante un año en Manaar no significan nada, como valor, comparándolo con el del informe que voy á procurarme ahora, como el demonio no se ponga de por medio. ¡Conque usted, señora Aubinesco, futura tía mía, siente comezón de conocer el secreto del tesoro de la Misericordia!... pues sepa usted que su impaciencia no es tan grande como la mía, porque yo soy el heredero frustrado de esa fortuna anegada á causa de un accidente, ó tal vez por obra de una mano criminal... Dos veces he estado ya á punto de alcanzarla; una cuando imploré á papá

Bozzo, otra cuando levanté la plancha que formaba el fondo del hogar en la gran sala de la posada carnicería. ¡ Dos veces! Si el proverbio no miente, si es verdad como dicen que á la tercera va la vencida, esta noche voy á saber por fin de qué manera he de arreglarme para pescar el tesoro. Aunque ¡ quién sabe! tal vez me hago ilusiones... ¿ De dónde ha de haber sacado esa moza, Amy de Kerbiroët, el estupendo secreto? ¿ Cómo puede ella saber?...

Así monologando el hombre de la capa había recorrido la calle Montmartre y atravesado el Mercado principal. Embocaba ya la calle Berger, cuando hubo de detenerse bruscamente. Una voz había dicho á su lado estas palabras :

— Fresquitas son por aquí las madrugadas, ¿ verdad, milord? Guárdele Dios, y á la compañía.

— ¿ A mi compañía? — repitió el hombre de la capa volviéndose para examinar la acera, detrás de él.

— Como hablaba usted en voz alta, la verdad, creí que iba usted acompañado.

En aquel momento ambos interlocutores se encontraban cerca de un farol.

— ¡ Es posible! — dijo con sorpresa el que venía del boulevard. — No me engaño... usted es Mad.

— Ben, milord; es más corto. Y crea usted que me enorgullece ver que no me ha olvidado el señor.

— No, no le he olvidado... Pero ¿ qué viene usted á hacer por aquí, tan lejos de la India?

— Si he de decir la verdad, le echaba á usted de menos, milord. Luego... pues luego me he dicho que en estas grandes ciudades, el hombre que como yo conoce más de un oficio, puede ser útil á veces á los demás... y aquí me tiene usted.

Milord sonrió; comprendía sin necesidad de más amplias explicaciones.

— Venga usted conmigo; posible es, casi seguro, que necesite ocuparle. Pero no es conveniente tratar de estos asuntos en la calle, amigo Ben.

— Ned, milord, es más corto.

El uno en pos del otro, los dos hombres penetraron en el restaurant Baratte.

— Mozo — preguntó el compañero del que se llamaba indistintamente Mad, Ben ó Ned — ¿ hay aún algún gabinete libre?

— En el primer piso, sí, señor; nos quedan dos gabinetes y un cupé.

— ¿ Están juntas, esas habitaciones?

— Sí, señor, pero los tabiques son espesos.

— Está bien; llévenos usted al gabinete de enmedio.

Cuando los tres penetraron en el gabinete indio, el hombre de la capa ordenó al mozo.

— Traiganos usted lo que quiera; la cuenta importa poco.

El mozo se retiró.

— ¡ No está mal esto! — dijo Ben que examinaba los adornos de la habitación. — Con un poco más de calor cualquiera se creería en mi país... ¿ verdad, señor conde?

Y como el hombre de la capa acababa de quitarse ésta, el indio continuó:

— Y hasta ese traje... sí, ese traje de Cristal-Dagger completa el cuadro; no puede ser más « color local. »

Apareció en este momento el mozo cargado de platos y botellas.

— Ahora, — dijo el que recibiera el título de conde, — que nadie nos moleste ni nos interrumpa hasta que yo llame.

Y dirigiéndose á su compañero :

— Eche usted el cerrojo, Ben.

El otro se apresuró á obedecer.

— Hablemos; — continuó el conde. — Mi querido Ben, sé que es usted ladrón y embustero, y le reconozco al mismo tiempo otras muchas cualidades por ese estilo. Quiere esto decir que no puedo creer que por cariño á mí se haya usted decidido á venir á Europa. Sea cual fuere el motivo que le haya obligado á pasar el charco, que á mí no me importa, el caso es que está usted aquí, que le encuentro, y que se me ocurre preguntarle : ¿ sigue usted siendo el hombre que fué siempre, dispuesto á hacer cualquier cosa mediante el dinero?

Acababa Ben de descorchar una botella de Sautes y se preparaba á llenar su vaso cuando oyó esta

pregunta. Detúvose la mano, y la botella quedó sin llegar á su destino.

— ¿ Mediante el dinero? — dijo. — Poquito á poco, milord, poquito á poco... Yo, como usted ve, voy haciéndome viejo, y he pensado en retirarme de los negocios... para vivir tranquilo los pocos años que me queden de existencia... Vamos á ver, ¿ hay peligros en la empresa?

— Probablemente.

— En tal caso, señor conde, busque usted por otra parte, porque á mí me tiembla ya la mano y se me enturbia la vista...

Dicho esto, y como para desmentir sus propias palabras, el indio se escanció un vaso de vino, y lo llevó á sus labios sin verter una sola gota, cosa que no pasó inadvertida para el conde.

— Tengo la seguridad de que exagera usted, amigo Ben; — le dijo sonriendo irónicamente. — Por eso no admito la dimisión que quiere presentarme.

— Pero...

— ¡ Silencio!

Al pronunciar en tono de mando esta palabra, Enrique de Corpo-Santo, pues él era el interlocutor de Ben, habíase levantado de su asiento para correr hacia la puerta, contra el marco de la cual aplicó el oído. A muy pocos pasos de distancia oíase la voz de la vizcondesa Ange de Aubinesco que acababa de llegar con sus acompañantes y que se pronunciaba en alta voz contra las reducidas proporciones del gabinete Pompadour que le habían abierto.

— ¡ La cosa marcha! — pensó el conde oyendo cómo se instalaban sus vecinos. — No puedo estar mejor situado para oír y hasta para ver lo que se ofrezca.

Volviéndose luego hacia su compañero que observaba con sorpresa sus movimientos, le dijo en voz muy baja:

— Ibamos á discutir el precio del negocio, ¿ verdad? Bueno. Acá, para inter nos, usted debe tener algunos ahorrillos...

— ¡ Bah! una miseria; gimió el indio.

— No se haga usted el pobre sin necesidad, porque yo sé contar. Y me figuro que desde que vendió usted al marqués William d'Albany á los Estiletos de vidrio, no,

no lo niegue usted, y la piel del gigantesco ofidio, muerto por los mullones, hasta nuestra separación, que yo no esperaba fuera tan brusca y que me alivió del peso de una buena cantidad de perlas, ha debido usted hinchar no poco la bolsa. Pues bien, amigo Ben, por rico que usted sea, y conste que no le hago por ello ningún reproche, yo puedo decuplicar de un golpe su capital. Para ello es necesario que yo viva, y ha de saber usted que la muerte me acecha por todas partes, siguiendo de continuo cada uno de mis pasos.

Al indio se le cayó el tenedor de las manos.

— ¿ La muerté? ¿ Qué quiere usted decir?

— El shaif está aquí, en París.

Tal revelación pareció aterrar á Ben.

— ¿ Aquí? — balbuceó. — ¿ El Shaif en París? Pero ¿ cómo puede ser eso?... ¿ No le picó usted con el cuchillo de cristal? Vaya, vaya, usted exagera sin duda el peligro. Aun suponiendo que el Shaif esté realmente en París, es imposible, de todo punto imposible, que reconozca en el conde de Corpo-Santo al antiguo capitán de sus enemigos.

— No es tan imposible como á usted le parece; al contrario, es facilísimo, porque se conocían ya antes, mucho antes de verse en la India.

En pocas palabras, y desfigurando un tanto las cosas, el conde contó á su digno amigo, la historia de Ali-Akmet y la suya propia.

— Y por lo visto, — dijo Ben cuando hubo terminado el conde — para deshacerse de ese hombre terrible es para lo que cuenta usted conmigo.

— Sí.

— ¡ Pues no es flojo el encarguito! No creí que tuviera tanto que hacer.

— Eso será lo último que usted haga.

— ¡ Imposible! Vamos á ver, francamente, ¿ qué quiere usted que yo intente contra un individuo que no han podido matar ni el veneno ni las balas? ¡ Nada, absolutamente nada!...

— Pues en ese caso, haga usted su testamento, porque me consta que ha jurado la pérdida del último Cristal-Dagger.

— ¿Y á mí, qué? — gritó Ben, que se puso lívido; — Yo no he sido nunca Cristal-Dagger!

— Pero ha estado usted al servicio del capitán de ellos; el shaif le conoce á usted y no es hombre que se detenga en hacer sutiles distinciones. Basta con lo dicho para que no escape usted á su venganza.

Comprendiendo el indio lo que de justo había en esta observación, tuvo un instante de abatimiento, y se dejó caer anonadado, en el respaldo de su butaca.

— Reflexione usted; — concluyó el conde Enrique; — ya me contestará antes de separarnos. Cuanto á mí, necesito ver algo de lo que pasa aquí al lado. Procure usted que nadie nos interrumpa.

Dicho esto, deslizó el conde su asiento hasta colocarlo junto al tabique, subió en él enseguida, y sacando una barrena del bolsillo comenzó á practicar un agujero sin preocuparse ni poco ni mucho de lo que pudiera pensar su acompañante.

Durante la conversación sostenida por los dos hombres, el restaurant Baratte habíase llenado por completo. La alegre cuadrilla compuesta por los servidores del marqués Trogoff ocupaba ya el salón del piso superior, y el cupé colindante con el gabinete indio había sido puesto á disposición del redactor jefe de *El Alba* y de sus dos conquistas. Hablemos ahora algo acerca de estos personajes.

Tan grande como imprudente era la confianza que en sí mismo tenía Domingo Bugle. Sin embargo, no dejaba de preguntarse con cierta ansiedad cómo acogerían sus compañeras sus pretensiones de interrogarlas acerca del crimen cometido la noche antes en el Gran-Hotel; y lo hacía recordando que pocas horas antes la bella Flavia hubo de ponerlo sin ceremonia á la puerta de su casa, si bien esto no le había impedido publicar en el periódico una supuesta conferencia con la mulata, conferencia tan apócrifa como fantástico era el relato de la misma. Pero como afortunadamente para él las dos mozas no comprendieron el sentido de la palabra interview empleada por Bugle, éste se frotó las manos, creyendo, con razón ó sin ella, que no había de serle difícil hacerlas decir cuanto supieran acerca del asunto que á él le preocupaba.

Dulcemente mecido por esta esperanza, y sintiéndose generoso, como de costumbre en él cuando se trataba de iniciar un trabajo, el hábil periodista pidió una cena espléndida, principesca, y vinos añejos y de marca para completarla. Y sucedió lo que debía suceder, es decir, que entre el vapor de los manjares, el de los caldos generosos y el vértigo que producíale la vista de las carnes, rosadas y firmes, de la bella Diana, por ella exhibidas con complacencia, de complicidad con el impúdico disfraz de bebé que tan canallescamente lucía, el hombre perdió su habitual aplomo, sintióse verdaderamente ebrio, y cuando el recuerdo del deber aun incumplido se abrió paso en su cerebro, hallóse con que su lengua estaba demasiado espesa y con exceso torpe para poder formular el difícil y capcioso interrogatorio de las muchachas.

Quiso sin embargo probar fortuna. Pero estaba escrito que aquella noche había de naufragar el periodista. Tan torpe anduvo en sus preguntas, que Biana y Rhoda, creyendo ver en aquel hombre que les hablaba con incoherencia del asesinato de su compañera la Camarona, al criminal autor de la hazaña ó á uno de sus cómplices por lo menos, se apresuraron á desfilarse con un pretexto especioso, dejando al buen Bugle absorto en la contemplación de los restos del festín, y en la de la cuenta, que el mozo hubo de entrarle, y que era en realidad saladita.

La dichosa cuenta produjo en él el efecto que en los beodos produce la ingestión del amoníaco. Apenas hubo mirado el total, que ascendía á la respetable suma de ochenta y siete francos setenta y cinco céntimos, encontróse Bugle completamente despejado de cabeza. Y aprovechando tan favorable coyuntura tiró de lápiz y como se hallaba sin duda melancólicamente inspirado, pasó un buen rato escribiendo en el dorso de la cuenta. Hecho lo cual y aprovechando el momento en que el mozo hubo de alejarse, llamado por su servicio, se marchó tranquilamente á la francesa.

Sucedía esto en el preciso momento en que Amy de Kerbiroët oía detrás de ella en el gabinete Pompadour un crujido insólito, semejante al que produce algún

objeto puntiagudo al atravesar un papel en tensión, lo cual fué causa de que la joven, instintivamente, bajase el tono de la voz para proseguir el relato que acababa apenas de comenzar.

Como el lector supone seguramente, el autor de aquel ruido no era otro que Enrique de Corpo-Santo. Éste había horadado ya con una barrena el tabique de madera, pero como no llegaban hasta él claras y distintas, cual lo deseaba, las palabras de la joven á causa del ruido que hacían los que danzaban en el segundo piso, hundió un poco más la barrena, pensando que el crujido que pudiera hacer al atravesar el papel pasaría inadvertido de las personas que ocupaban el gabinete Pompadour.

Pero sucede que á veces se producen casualidades con las que no se había contado. Precisamente en el momento en que el conde hundía la barrena, los del piso de arriba descansaban sin duda, porque cesaron de pronto en su jaleo. ¿Se habría oído en el gabinete de al lado el chasquido del papel? Corpo-Santo lo temió así y se apresuró á tapar con su cartera de bolsillo la hendidura practicada. Pasados unos minutos de mortal angustia, atrevióse á colocar su oreja en el mismo sitio en que antes colocara la cartera, con no poca sorpresa del indio á quien interesaba al parecer aquella serie de extrañas maniobras.

— Bueno, pero el tesoro de la Misericordia? — preguntaba en aquel momento la vizcondesa de Aubinnesco.

— A eso voy, señora; — contestaba otra voz que el conde reconoció: era la de Amy de Kerbiroët cuya magnífica belleza produjera en él tan gran efecto la noche antes.

Oyendo esto pensaba Corpo-Santo que la conversación duraba ya algún tiempo en el gabinete Pompadour. ¿Qué se había dicho antes? Poco le importaba. Aun no se había hablado del tesoro, pues que la vizcondesa preguntaba por él. Y lo único que para el conde resultaba interesante, lo que le impulsaba á ejercer de espía, lo que hubo de llevarlo al restaurant era precisamente eso: el tesoro. Dispúsose pues á escuchar lo más cómodamente posible. Y he aquí que de pronto, en otro gabinete cer-

cano, estallaron fuertes voces, gritos, imprecaciones, impidiéndole oír lo que se decía en el Pompadour.

Veamos qué era lo ocurrido, y para ello retrocedamos un poco en nuestro relato. Como ya hemos dicho, Flavia la mulata habíase jurado vengar á su amiga Julieta la Camarona cobardemente asesinada en uno de los cuartos del Gran-Hotel, y detener al monstruo invisible é inhallable que á su especialidad criminal debía el remoque de *Carnicero de mujeres*. En el baile de la Opera hubo de ver aisladamente á tres hombres exactamente iguales, á cada uno de los cuales tomó por el verdadero asesino. Al verlos juntos más tarde comprendió que se trataba de una monstruosa asociación de gentes que explotaban su parecido físico, probando, gracias al mismo, coartadas admirables, y se decidió á seguir á dos de ellos, á los que embocaran la Chaussée d'Antin, segura de que más tarde encontraría al tercero, el jefe sin duda, en un restaurant del barrio del Mercado.

La caza fué larga y fatigosa.

Flavia, que no había comido desde la víspera por la mañana y que tenía fiebre, siguió detrás de los dos hombres por las calles de Londres y de Constantinopla, Avenida de Villers y bulevar Malesherbes. Al pasar por la puerta de Asnières, la pobre mujer se decía:

— Tal vez han visto que los sigo y me llevan á las afueras para desembarazarse de mí, Dios sabe cómo... No es posible que vivan tan lejos...

La mulata se equivocaba. Poco después los dos hombres se detenían en la calle de Martinval, penetrando enseguida en una casa pequeña y aislada. Flavia se sentó en un poyete y esperó. Pasada media hora, levantóse de pronto y emprendió de nuevo el camino de las fortificaciones.

— ¡Ahora al otro! — murmuraba. — El tiempo vuela... Y lo que es ése... á ése le sigo yo dondequiera que vaya, aunque sea al mismo infierno.

Pasada la barrera y ya en el término de París, llamó á un cochero que iba de retiro.

— Veinte francos si tu caballo puede galopar hasta el Mercado; — dijo metiéndose en el carruaje.

Media hora más tarde se apeaba á la puerta del restau-

rant Baratte, donde preguntó por un señor vestido con una larga capa.

— El caballero por quien usted pregunta está aquí — le dijo el mozo del primer piso; — pero ha prohibido que se le moleste, morena. En este momento está de gran conversación con un hombre aún más moreno que usted, mi alma.

Flavia, que no admitía familiaridades arrugó el entrecejo.

— ¡ Deben ser cuatro ! — pensó — Tendré uno más que vigilar.

Y luego, dirigiéndose al mozo :

— Necesito un gabinete al lado del suyo.

— Imposible ; están ocupados los dos.

— El de la derecha...

— Hay en él seis personas nada menos.

— ¿ Y en el de la izquierda ?

— Tres.

— ¡ Vamos á verlo ! — dijo la mulata apoderándose de pronto del llavín de Francisco y yendo ella misma á abrir la puerta del cupé.

— ¡ Señora, señora ! — gritaba el mozo corriendo tras ella para detenerla. Pero no lo hizo, y en cambio dióse á gritar como un condenado :

— ¡ Ah, el grandísimo granuja !... ¡ Ladrones, ladrones ! ¡ Se largó, y sin pagar !

Mesábase el pobre hombre los cabellos y no cesaba de repetir inconsolable :

— ¡ Habráse visto pillete como ese Bugle !... ¡ Una cuenta de ochenta y siete francos y pico !... Que vuelva, que vuelva por aquí y verá lo que es bueno... En cuanto lo vea lo acogoto, palabra de honor.

— Bueno, déjese usted de recriminaciones que á nada conducen ; — interrumpió la mulata que se había instalado en el cupé en que cenara Bugle con sus dos conquistas, y que miraba distraidamente el dorso de la cuenta donde el cliente desahogado escribiera sus poéticas lucubraciones. — Traígame usted tres botellas de cerveza Porter.

— ¿ Tres ? — preguntó Francisco. — ¡ Demonio !

Y se retiró pensando :

— Con seguridad es una inglesa, una excéntrica que gusta de embriagarse sola... ¡ Ah, ladrón dé Bugle, grandísimo sinvergüenza !

Una vez sola, Flavia se puso á leer no la enumeración de los platos ni la lista de los vinos, sino una fantasía poética parodiada de Monselet y escrita por Bugle en el dorso de la cuenta. En dicha poesía hablaba el periodista, con tristeza unas veces, y en tono jocoso otras, de su conquista de aquella noche en el baile de la Opera, lamentando la pérdida de cierto robusto bebé al que se proponía amar en silencio por el resto de sus días.

El hombre, orgulloso sin duda de su obra, hubo de firmar con su nombre y apellido, añadiendo á modo de postdata la siguiente cáustica coletilla :

« Aun cuando el valor de este manuscrito es infinitamente superior al de una cena, por suculenta que ésta sea, cedo generosamente la propiedad del mismo al dueño del restaurant, autorizándole para que haga insertar la poesía en el periódico *El Alba* donde le será pagada á razón de tres céntimos la línea, precio fuerte. »

— ¡ Un bebé ! — pensaba Flavia. — Debe ser Biana ; me parece haberla visto con un disfraz de esa clase.

El mozo entraba cargado con las tres botellas pedidas. — Traígame usted también un frasco de ginebra para mezclar con la cerveza.

— Pues, señor, bonita se va á poner si se bebe todo lo que pide... Habrá que recogerla en una espuerta : — pensaba el mozo.

Dirigiase ya hacia la puerta cuando la que él tomaba por una inglesa le llamó nuevamente á media voz :

— ¡ Mozo !

— Señora...

— ¿ Es éste el tabique detrás del cual se encuentran el hombre de la capa larga, y su compañero, que es aún más moreno que yo ?

— Sí, señora, ése es.

— Bueno : supongo que á usted no debe disgustarle el ganarse honradamente algún dinero...

Con extraordinaria amabilidad, á la que se creyó de pronto obligado, preguntó Francisco :

— ¿ Por qué me pregunta eso la señora ?

— Porque puedo ofrecer á usted dos luises si es que los quiere.

— ¡Debe ser una princesa tártara! — pensó el mozo, mientras que Flavia sacaba de su portamonedas y ponía sobre la mesa las dos monedas de oro.

— Mande lo que guste la señora; estoy á sus órdenes.

— Bien, pues sepa usted que me gustaría mucho saber lo que pasa en el gabinete de al lado.

— Como si lo viera, — pensó de nuevo el mozo — esta señora es casada y tiene á su marido ahí dentro... ¿El negro, el blanco? vaya usted á saber...

— No sé si me comprende usted; — seguía diciendo Flavia. — Lo que yo quiero es ver sin ser vista, cosa que no me parece muy difícil. ¿Sabe usted cómo voy á arreglarme para eso?

Francisco sonrió con suficiencia.

— ¡Ya lo creo que lo sé! — dijo.

— ¿De veras? Bueno, pues dígamelo usted, — replicó sencillamente la mulata escanciándose un vaso de cerveza.

El mozo dejó de sonreír. Viendo que guardaba el silencio más absoluto, Flavia lo miró desdeñosamente.

— ¿Tiene usted ahí su mecha?

— ¿Una mecha?

— Sí, el instrumento que sirve de sacacorchos á todos ustedes...

— Ah, sí; ahí lo tiene usted.

— No, téngalo usted, y haga con él un agujero en ese tabique, á la altura de mis ojos. Y si opera usted hábilmente le daré otros dos luises para indemnizarle de la cena no pagada por ese caballero periodista.

Como es natural, el mozo no se hizo repetir dos veces la orden.

— Muy bien, — dijo Flavia después de examinar el trabajo, una vez acabado éste; — ahora se va usted y procure que nadie se acerque por aquí.

Apenas se vió sola acercóse la mulata al agujero, retirándose de él enseguida para murmurar emocionada:

— ¡Es él... es él... el americano de Folies-Bergères!... La misma cara que los dos del Perret... Cualquiera diría que he soñado esta noche, que no he perseguido más que fantasmas.... Pero el otro, el que está con él, ¿quién

será? Lo ha llamado amigo Ben... Ben es el nombre de mi padre. ¿Si será él... el hombre más moreno que yo?... ¡Pero no, no puede ser! Aunque, ¡quién sabe!... Sí, sí, lo mejor es que me vaya; tengo miedo de lo que puedo saber aquí. Los esperaré en la calle y les seguiré dondequiera que fueren.

El corazón de Flavia latía apresuradamente; la pobre se ahogaba en aquel recinto estrecho. Abotonó rápidamente su dominó, echóse á la cara el capuchón y se lanzó al pasillo. En él estaba el mozo de centinela.

— Ahí tiene usted cien francos; — le dijo — es el precio de su discreción. Si las gentes del gabinete indio le preguntan á usted algo, silencio, ¿eh? Sobre todo en lo que á mí se refiere.

En aquel momento preciso, un timbre eléctrico resonó en el corredor.

— Los señores llaman — murmuró Francisco guardándose el dinero al mismo tiempo que Flavia desaparecía en la escalera.

Era Enrique de Corpo-Santo el que llamaba. Poco antes, y en el momento en que se disponía á escuchar el relato que Amy hacía en el gabinete contiguo, hubieron de resonar los estentóreos gritos de Francisco lamentándose de la fuga de Bugle y de la pérdida de sus ochenta y pico de francos. Imposibilitado de oír por el momento, el conde pensó en aplicar el ojo en el sitio donde antes aplicara la oreja, y su mirada cayó precisamente sobre Amy, que estaba de espaldas al tabique. Por un buen espacio de tiempo contempló con avidez la blanca nuca de la joven, preguntándose, aunque inútilmente, qué era lo que llevaba al cuello. Enrique en efecto no podía ver más que los dos extremos del collar sangriento.

— ¡Vaya un adorno singular! — pensó al ver algo más, en un momento en que la joven quedó de perfil por haberse vuelto hacia la vizcondesa.

Por más esfuerzos que hizo no pudo darse cuenta exacta de la naturaleza de lo que á él se le antojaba un adorno; en cambio admiró una vez más el perfil soberano de la hermosa Amy y de nuevo volvió á preguntarse como ya lo hiciera antes:

— ¿Pero dónde he visto yo antes esa cara?

Fuera, en el pasillo habíase restablecido la calma, y cesado los gritos del mozo. El conde aplicó de nuevo el oído á la pared de madera y escuchó con afán, alcanzando á oír las palabras de la joven referentes al mueble pequeño y sencillo donde se encerraba el antiguo tesoro de la Misericordia.

¡Qué sonrisa la del conde en aquel momento! Pensaba en la imposibilidad material de que tesoro tan inmenso y voluminoso pudiera contenerse en un mueble, y preguntábase á sí mismo :

— ¿Pero dónde está ese mueble?

Al conde le pareció que la respuesta llegaba á sus oídos con fuerza atronadora, aun cuando Amy hablaba en voz baja.

— Ese mueble está en el cuarto que ocupa el marqués en su hotel de la Avenida del Bosque de Bolonia, — había dicho la joven contestando á la vizcondesa de Aubinesco.

Ya no quiso oír nada más Enrique. Preparábase á bajar de la butaca en que se encaramara cuando vió que su compañero, apoyado contra la pared opuesta á la que él ocupaba, hacía señas silenciosamente.

— ¿Qué hay, amigo Ben? — le preguntó á media voz.

Y fué entonces cuando á causa de un movimiento en falso de Enrique, rodó el mueble en que éste se apoyaba, yendo á chocar contra el tabique de madera que resonó como un tambor.

— ¡Ah, torpel — murmuró entre dientes el conde. Y como oyera en el gabinete Pompadour ruido precursor de la próxima retirada de los que lo ocupaban, juzgó que para él también era llegado el momento de abandonar el restaurant. Tocó entonces el timbre, preguntando al mismo tiempo al indio.

— ¿Qué demonio de señas eran esas que me hacía usted?

— Vea usted eso, — contestó aquel, señalando con el índice una de las flores del papel que cubría el gabinete. — No ha sido usted el único curioso de esta noche. Por aquí han debido espiarnos.

Lanzóse Enrique al sitio en que estaba el agujero.

— ¡Es verdad! — balbucéo examinándolo con deten-

ción; — esto es un agujero de barrena recién hecho, porque aun hay aquí polvillo de la madera.

Aplicando el ojo al agujero pudo cerciorarse de que la habitación inmediata estaba vacía. La bella Flavia acababa de salir de ella.

— ¿Llaman los señores? — preguntó Francisco presentándose de repente.

— ¿Quién ha estado ahí? — le preguntó el conde señalando el tabique opuesto al del gabinete Pompadour.

— Un bandido, señor; — dijo el mozo que se acordaba de su promesa á Flavia, pero á quien escocía el recuerdo de la cena impagada. — Un periodista ladrón, que se las da de generoso con las cocotas á costa de los fondistas, y que no paga lo que engulle.

Y con trágico ademán sacó del bolsillo el autógrafo del redactor en jefe de *El Alba* y se lo alargó al conde.

— ¡Domingo Bugle! — murmuró éste tras rápida ojeada por el papel. — De modo que yo alimento á ese desdichado, y él se entretiene en espiarme... Bueno es saberlo.

Pagada su cuenta, salió seguido del indio. Ya en el corredor oyó distintamente la voz de la vizcondesa que decía á las señoritas de Kerbiroet :

— Supongo que vendrán ustedes á pasar en mi hotel el resto de la noche.

— ¡A maravilla! — murmuró Enrique; — así estaremos más tranquilos para trabajar.

Y se apresuró á bajar la escalera añadiendo en voz alta :

— Aprisa, amigo Ben : durante el trayecto comunicaré á usted mis instrucciones.

Un coche de punto, que parecía esperar á alguien se hallaba delante de la puerta del restaurant.

— ¿Un coche caliente, señorito? Andando, suba usted y nos vamos enseguida.

Enrique hubo de observar que en el pescante había una mujer arrebujaada en la manta del caballo.

— ¿Quién tiene usted ahí? — preguntó al cochero.

Este lanzó una sonora carcajada.

— El señor ha perdido las gafas — dijo — ó ha empuñado el codo más de lo justo... ¿Quién ha de ser? la pa-



riente, vamos al decir; ¿O cree el señor que los cocheros son de madera? Ahora se echa un sueño la pobre, mientras llega la hora de algo mejor... Conque, ¿dónde vamos?

Enrique de Corpo-Santo miró en torno suyo y vió que no había en la calle otro coche que aquel, por lo cual se decidió á tomarlo, aunque muy visiblemente contrariado. Cuando el indio se hubo reunido con él, el regocijado cochero insistió en su pregunta :

— Pues usted dirá donde vamos, dicho sea sin mandarle.

— A la barrera de Neuilly, y á escape.

Un momento después desaparecía el coche en dirección á la calle de Rivoli.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI

## FLAVIA SOBRE LA PISTA

Es indudable que el conde de Corpo-Santo no miró bien á derecha é izquierda antes de tomar el coche, pues un momento después otros dos carruajes estacionaban delante del restaurant.

Apenas se puso en movimiento el que le conducía cuando la mujer que ocupaba un sitio en el pescante, acomodándose bien, como si se dispusiera á dormir lo mejor posible, apoyó la cabeza contra la pared anterior del vehículo, de modo que su oído quedó como por casualidad pegado al ligero enrejado que en muchos coches existe en la parte superior de la vidriera para facilitar la ventilación sin necesidad de bajar el cristal.

Enrique, sentado en los almohadones grasientos del coche de punto parecía hallarse en él tan á gusto como en su propio carruaje. Encendió un cigarro, y alegre al parecer, y aun cuando sin motivo para ello dióse á burlarse de su compañero de expedición.

— Tiene usted cara de entierro, amigo Ben, — le decía. — ¿Es que ha soñado usted que el estilete del shaif se ha puesto en contacto con esa piel curtida que Dios le ha dado?

El indio se estremeció al oír esto.